

PRINCIPIO DE EXCLUSIÓN (La Escuela VI)

John Reese



Capítulo 1

*Principio de Exclusión:
Fundamento físico por el que las
enanas blancas se mantienen estables.*

*Alzando, entonces, la mirada,
Contemplé las estrellas de Oriente;
Alzando la mirada,
Tomé en cuenta las estrellas de Occidente;
Tuve cuidado de los espíritus que, aislados, merodean;
Estudí los signos de los demonios
Que vagabundean solitarios;
Aprendí a aplicar los Poderes,
Meditando acerca de los destinos asignados por los dioses.
[...]*

Relato sumerio de 'Inanna y Šukaletuda'.

□

«— ¡Hola, mami!

— Buenos días, cariño. ¿Cómo has descansado?

— ...

— ¿Cielo? ¿Estás ahí?

— He tenido un sueño.

— ¿Ah, sí? ¿Me lo cuentas?

— No me acuerdo muy bien. Pero salías tú, y también Pauli y los abuelos.

— Te echo mucho de menos...

— Mami...

— Dime, cielo.

—¿Cuándo llegaremos al planeta nuevo?

—Ya falta poco. Solo debes dorm... un p... más. Llegar... pr... mos jug...

—Mam...

—¿Car...? No t... cho... en.

—...»

—Aquí se corta la transmisión, Preservador. ¿Es el momento en el que ha comenzado a ocurrir?

El clon se quedó mirando durante unos breves instantes la reconstrucción holográfica, con semblante reflexivo.

—Justo ese momento, así es. Puedes proceder con la descripción del evento. —Jylark pulsó el botón táctil de inicio y, sin separar el dedo, cerró los ojos. Tenía buena memoria y, por tanto, facilidad para recordar con detalle las lecciones. A pesar de que el proceso de canalización de la información al Banco Enciclopédico era agotador, Jylark había aprendido a sintonizar adecuadamente con la plataforma trans-sináptica sin cansarse demasiado—. No olvides transcribirlo en la Lengua Universal ideada por Preservador Épsilon.

«Aún no se conoce con exactitud qué ocurrió con la Panspermy. Las últimas transmisiones de la baliza de emergencia no están completas. Se sabe con certeza que fue el primero de una flota de cruceros colonizadores multigeneracionales, diseñado y construido durante cien años para preservar parte de la vida terrestre una vez el Sol llegara a sus últimos estadios evolutivos. Con una tripulación compuesta por un millón de seres humanos, su destino era una luna artificial previamente ubicada en órbita alrededor del planeta Urano...»

Mientras Jylark grababa la información en la placa trans-sináptica, sobre la plataforma de proyección se generó un cubo tridimensional oscuro, en el centro del cual una enorme nave se desplazaba con aparente lentitud; en una esquina, un sol anaranjado brillaba. De pronto, un fogonazo de luz disolvió durante unos instantes el cubo, que apareció paulatinamente de nuevo. La nave había desaparecido. Jylark abrió rápidamente los ojos y separó el dedo del botón táctil con la respiración agitada. La imagen holográfica tembló un momento antes de desaparecer.

—Lo siento...

—No te preocupes, Jylark. Continuaremos con la crónica en otro

momento. Puedes retirarte a descansar.

Desconocía lo que le había pasado... Poco a poco, el latido de su corazón se fue regulando.

—No. Debe hacerse ahora.

—Un momento. —El clon salió de la cabina y, al cabo de unos minutos, regresó acompañado—. Ya conoces a Preservador Psi. Él te ayudará con la carga psicológica de la narración.

—Hola, Jylark. —Le sonrió—. No es fácil este registro. Desde luego, es uno de los ejercicios más complicados desde el punto de vista de la carga emocional. —Su voz, monótona y fría, resultaba sin embargo acogedora—. Como aprendiz de Preservador Alpha, seguro que consigues completar la crónica de ese trágico evento con éxito. No olvides que, aunque difícil, es tu deber como historiador en prácticas dejar a un lado las emociones y obtener la visión más objetiva posible del suceso.

—Hemos iniciado el registro con una de las últimas conversaciones guardadas en la caja negra virtual, seguramente entre una progenitora y su hijo; por la deconstrucción sonora de los mensajes, hemos llegado a la conclusión de que el hijo viajaba en la nave, Preservador Psi. Este elemento puede dotar al episodio de una carga emotiva, desde el punto de vista humano, muy interesante. No debemos olvidar que nuestros predecesores siempre se han dejado llevar por la pasión a lo largo de su historia.

—Estás en lo cierto, Preservador Alpha.

—Sin embargo, es importante para la crónica histórica intentar mantener la imparcialidad.

Jylark volvió a situar su dedo en el botón táctil de la plataforma de proyección holográfica.

—Volveré a intentarlo —susurró. Y cerró los ojos.

—Bien. Intenta mantener la calma, Preservador Alpha y Preservador Psi estamos aquí. Respira hondo y procura que las imágenes fluyan por tu mente sin obstáculos. No es fácil no aferrarse a las emociones: era instintivo en los seres humanos.

«—¡Hola, mami!

—Buenos días, cariño. ¿Cómo has descansado?

—...

—¿Cielo? ¿Estás ahí?

—He tenido un sueño. (...)»

Capítulo 2

LA ESCUELA

I

La primera vez que entró en La Escuela se quedó impresionado. Ubicada justo en el centro geométrico de la metrópolis, las tres torres principales que la componían se elevaban más de cien metros sobre el suelo, y sus cúspides ovaladas parecían perderse en la niebla solar. Cada una de las torres era el vértice de un triángulo equilátero perfecto, y equidistaba de la contigua doscientos metros. En el centro de la configuración, destacaba un domo de cincuenta metros de diámetro y veinticinco de altura: El Aula.

El Aula era el lugar donde los Nuevos Primeros impartían sus lecciones por medio de proyecciones audiovisuales holográficas, trazadas desde una plataforma trans-sináptica central. Casi todo el conocimiento ancestral rescatado era enseñado por los Nuevos Primeros con el fin de preservar la casi inabarcable cultura que el antiguo ser humano había cultivado y coleccionado. El proceso formativo se realizaba en grupos de seis estudiantes, e incluía tres fases: la expositiva, la de interiorización y la demostrativa. A Jylark le resultaba especialmente complicada la tercera, si bien cada vez le costaba menos.

El silencio y la penumbra inundaban la cúpula, y el presbiterio de proyección brillaba con una tenue luz azul. Jylark intercambió una mirada con su compañera. Los estudiantes permanecían sentados alrededor del punto medio, al lado de botones trans-sinápticos personales. Estos botones podían activarse en cualquier momento con el fin de comunicarse con el mentor, y para enviar y recibir información. De pronto, empezó a abrirse una ventana circular transparente en el cenit de la bóveda. A través de la ventana, la luz blanca del Sol penetró en el edificio, difuminada por la débil nebulosidad verdosa de la capa atmosférica. Una figura difusa apareció en el centro.

—El Sol. Nuestra vieja estrella. —La figura se tornó cada vez más definida, dejando visible un rostro inexpresivo—. El Sol ha sido fuente de energía para la vida desde su origen. Todo organismo vivo necesita energía.

—Cerró los ojos y, con solemnidad, pulsó el botón táctil trans-sináptico. Sus labios dejaron de moverse, pero su voz continuó sonando, y el holograma formativo se inició.

«Sabemos desde tiempos remotos que las estrellas nacen, viven y mueren. Nada en el universo es para siempre, quizá ni siquiera el mismo universo. Sin embargo, al Sol aún le queda energía. Remanente, pero

funcional. Gracias a esa energía nuestro mundo puede funcionar.»

«En este diagrama, podemos observar cómo es la evolución de las estrellas. Es un diagrama histórico, trazado en tiempos en los que el Sol tenía seiscientos noventa y cinco mil kilómetros de radio y una densidad media de mil cuatrocientos kilogramos por metro cúbico; ahora tiene seis mil cuatrocientos kilómetros de radio, y una densidad cien mil veces superior a la de entonces. En realidad, lo que vemos en el cielo no es la estrella que nuestros ancestros veían, sino su corazón degenerado: un núcleo brillante cuyo destino es apagarse para siempre. Aunque para eso aún quedan algunos miles de millones de años.»

El clon abrió los ojos y rompió la conexión trans-sináptica. Tras un silencio parsimonioso, sus labios volvieron a gesticular:

—En realidad, vivimos en la atmósfera del Sol. Nuestro mundo orbita dentro de la atmósfera del Sol, y su cielo verdoso y rojizo se debe a ciertos elementos químicos que formaron parte de él, como el oxígeno, el nitrógeno y el hidrógeno. Estos elementos fueron liberados al espacio tras un dramático ciclo de expansión y contracción estelar, conocido como rama asintótica gigante, que fue desencadenado por un conflicto recurrente entre presión y gravedad, iniciado cuando el Sol terminó la fusión de todo el hidrógeno de su núcleo, su combustible original, y empezó a quemar helio. Este proceso se da al final de la vida de todas las estrellas de pequeña masa, como fue la nuestra. A pesar de todo, lo sigue siendo todo para nosotros, incluso en su estadio de decadencia.

Para Jylark, la astronomía era una disciplina esencial no solo para entender el mundo donde vivía, sino también para interpretar correctamente muchos acontecimientos de la historia del pasado: en su especialización como historiador, era crucial una formación interdisciplinar. Aunque le encantaba escucharlo, nunca había conocido personalmente a Custodio Beta. Como miembros de la primera Generación Técnica, por lo general los Custodios se manifestaban de forma exclusivamente virtual; solo hacían acto de presencia en ciertos momentos ceremoniales. Habitaban en la torre orientada hacia el este, y por lo que había escuchado, se pasaban la mayor parte del tiempo cuidando los códigos electrónicos de Ciencia y analizando y revisando yottabytes de información cosechada durante casi tres mil millones de años por el ser humano antiguo, con el fin de alimentar continuamente el Banco Enciclopédico. También custodiaban los patrones de medida de las magnitudes físicas fundamentales, dedicando un celo especial al del tiempo.

—Bien. La proyección ha finalizado. Se ha enviado a cada uno de vuestros cuadros trans-sinápticos un paquete matemático programado por Custodio Alfa, con objeto de entender desde el punto de vista cuantitativo lo expuesto durante la sesión. Dentro de dos holo-ciclos, podréis proceder

con la demostración divulgativa de lo aprendido.

Jylark cerró los ojos, y presionó con suavidad su botón táctil. De pronto, una suave sensación eléctrica recorrió su piel, acompañada de un efecto de calor en la cabeza. La fase de interiorización requería que la mente estuviese en blanco, para facilitar lo máximo posible la generación de nuevos enlaces neuronales. La información, canalizada a través de nanopartículas de carbono diseminadas entre las células cutáneas, llegaba a su cerebro empaquetada en pequeñas dosis de datos eléctricos. Estas dosis, empalmadas neuroquímicamente por medio de tecnoenzimas, se transformaban de manera casi espontánea en un conocimiento pseudoinnato operativo, si bien necesitaban de una comprensión cualitativa previa para acomodar el entorno neuronal y que los puentes sinápticos se establecieran sin percances. Por otra parte, la transmisión de los diferentes módulos formativos atendía a una estructura escalonada, de modo que la recepción de un conocimiento específico requería la asimilación previa de otros generales y más básicos.

La transferencia había concluido. Las sensaciones de estática y calor se atenuaron, y abrió los ojos. La lección astronómica de hoy le había resultado hasta cierto punto inquietante. Sin embargo, las ecuaciones de estado y equilibrio hidrostático le reconfortaban, sumiéndole en una cuna de entendimiento que daba explicación a muchos procesos y eliminaba la perturbadora neblina de la ignorancia.

Capítulo 3

LA ESCUELA

II

Durante aquel holo-ciclo, había conocido un nuevo estilo. Le había gustado particularmente porque requería de una mezcla de destreza tanto física como artística, y también de una sensibilidad por la armonía que no podía enseñarse en El Aula, tal como había sugerido Artista Épsilon. Además, a pesar de que la mecánica de los movimientos podía aprenderse a través del método formativo general, la condición física necesaria para su ejecución exigía un entrenamiento personal regular.

La primera exhibición tendría lugar en cinco holo-ciclos, frente a otros integrantes de la Primera Generación Colonial. Aunque las disciplinas técnicas demandaban creatividad, las artísticas aún más: quizá por ello los Artistas tenían a veces un comportamiento hasta cierto punto anárquico, dentro de los límites acotados por la cordura protocolar. Y ella tenía pensado dotar a su número de un ligero punto de locura: era necesario si quería ser un referente de futuro.

Sally, al igual que Jylark, formaba parte de la Primera Generación Colonial, una pequeña comunidad compuesta por quinientos ciudadanos que habitaban en la metrópolis. A diferencia de los Nuevos Primeros, generación técnica y estéril, la Primera Generación Colonial representaba el auténtico renacimiento del ser humano, y de ella debía ramificarse la especie. Repentinamente, Sally recordó una de las lecciones que había impartido Preservador Delta, el Filósofo, hacía algunos holo-ciclos:

«—¿Qué es el arte? —Tras una pausa, elevó los brazos y giró lentamente sobre sí mismo, mirando la superficie cóncava de El Aula—. ¿Es arte todo lo que vemos? ¿Es arte todo lo que hacemos, todo lo que hemos creado y crearemos? —Acto seguido, miró a los seis estudiantes uno por uno y añadió—: ¿Sois arte vosotros?

»En cierta forma, todo es arte o, al menos, todo tiene una vertiente artística, incluso la naturaleza, que es lógica e impasible. El arte también puede ser lógico e impasible... bello o aterrador.

Después de otra pausa un poco más extensa, inició una proyección holográfica en el centro, donde apareció una extraña bolsa filamentosa y temblorosa, que se resquebrajó de pronto antes de extenderse con lentitud.

»Esto es un capullo, y del capullo nacía la mariposa, un organismo terrestre como tantos otros que nos demuestra que incluso en el diseño

intrínseco de lo que es, hay arte. Las mariposas ya no existen, pero continúan siendo en los registros. Tanto ellas como el proceso de su liberación del capullo, pueden entenderse desde un punto de vista artístico.

»Ahora bien: la expresión artística del ser humano antiguo es si cabe más compleja, porque no es fría como la natural, sino emotiva y con intenciones trascendentes. Sabemos que, desde su origen, el humano demostró ingenio para muchas labores, empezando por la más importante y primitiva: sobrevivir. El ingenio puede tener un objetivo pragmático o abstracto; físico o metafísico. Sin embargo, tanto la rueda como el lienzo, aunque tengan objetivos a priori distintos, atienden a diseños artísticos; el mismo instinto de supervivencia desató la creatividad de la humanidad y, de alguna manera, su legado permanece en nosotros y en vosotros. Hemos sido parcialmente diseñados y, por tanto, somos rueda y lienzo: arte funcional por satisfacer la necesidad de perdurar, y trascendente por el deseo de lograrlo. El nuevo mundo también lo es.

—Preservador Delta —había preguntado ella, en voz baja—: si a nosotros nos diseñaron parcialmente nuestros predecesores... ¿quién los diseñó a ellos? Hay arte intrínseco en todo lo que es, pero... todo lo que es necesita un diseño, ya sea material o mental...

El clon se quedó en silencio durante unos instantes antes de sonreír y responder con mesura:

—¿Quién diseñó el Sol? ¿Quién diseñó la Galaxia? ¿Y el universo? —En el cubo holográfico, una flecha de tiempo inundó de luz la penumbra de la estancia—. Preservador Alpha os habrá hablado de la germinación del pensamiento místico en nuestros ancestros naturales terrestres, coincidente con el de las primeras evidencias arqueológicas de enterramientos ceremoniales. —Volvió a rozar el botón trans-sináptico, y prosiguió—: Pero... ¿qué opina la filosofía al respecto? Todo tiene una causa... ¿cuál es la causa primera?

»La generación espontánea, obviamente, no es la respuesta, pero tampoco lo es el misticismo o la religión. —Se escuchó un pequeño murmullo, y el Preservador continuó—: De forma gradual, el misticismo y la fe desaparecieron casi por completo cuando el ser humano antiguo dio un nuevo paso evolutivo, insertando en su genoma el código artificial que le permitió iniciar una nueva era, y el cual Custodio Épsilon aún está inscribiendo en el Banco Enciclopédico. Misticismo y fe ya no tuvieron razón de ser: como formas alternativas de explicación, quedaron obsoletas y moralmente cuestionables. Dios y dioses, presuntos creadores, desaparecieron del imaginario popular sin dejar casi rastro, salvo en los documentos históricos.

»Sin embargo, una nueva corriente filosófica surgió en el seno de las primeras colonias marcianas. Sus fundadores fueron hombres y mujeres anteriores al descubrimiento del tramo genómico artificial. Practicantes de la endogamia, perpetuaron una estirpe en estadio evolutivo atrasado y desarrollaron una cultura arcaica en las sombras de la civilización. Para ellos, misticismo y fe eran tan humanos como las células de sus cuerpos...

»Pero recayeron en la falacia lógica que el ser humano antiguo, filósofo, ya había perpetuado durante milenios: que el arte y el ser tienen necesariamente una razón de ser; un sentido trascendental que, en realidad, era él quien imaginaba. Según la filosofía tecnoestética, esencialmente científica y principal rival de la doctrina marciana, la causa primera es artística, pero natural e insensible: el origen de un proceso imparable de constantes cambios en la materia y la energía; la autotransformación del universo mismo, siguiendo las leyes inmutables, omnipotentes y eternas de su naturaleza. No todo diseño necesita un diseñador: ¿por qué no puede, simplemente, ser? —Después de un silencio, reanudó el discurso—: Esto nos hace recordar también la filosofía platónica, ideada en la Tierra a principios de la Era Prototecno...»

Sally se acercó al centro de su habitdomo y acarició la barra que había colocado verticalmente en él. Quizá el punto de locura que buscaba se hallaba en la historia y la abstracción, y tal vez mezclar ambas lograría el resultado que esperaba. Con semblante reflexivo, colocó su dedo índice en el botón trans-sináptico y lanzó una orden mental. El algoritmo de generación de música procedural se manifestó entonces en forma de enorme matriz tridimensional, albergando en cada una de sus múltiples celdas información sistemática sobre los géneros y estilos musicales conocidos. Diseñado por Artista Delta, el Músico, el algoritmo permitía combinar tonalidades, compases e instrumentación de diferentes obras para crear una completamente nueva y estructuralmente precisa. Sally seleccionó los cubos correspondientes a los metagéneros clásico y neo-contemporáneo, y después de un breve instante, las paredes del habitdomo comenzaron a sonar. Agarró la barra vertical con las dos manos y, tras un suspiro, se dejó llevar: el sonido de la cuerda frotada introdujo una textura envolvente que, con golpes de percusión puntuales, resultaba magnética. Sally presionó la barra entre sus muslos y arqueó la espalda hacia atrás. Sus ojos abiertos pudieron contemplar la atmósfera verdosa detrás de la claraboya cenital, mientras las violas texturizadas inundaban sus oídos y hacían contornear su cuerpo. Para ella, eso era arte, y tenía fe en que trascendiera: sabía desde su nacimiento que de ello dependería el futuro del baile. Al fin y al cabo, la Primera Generación Colonial debía ser el reinicio de las sociedades.

Capítulo 4

LA ESCUELA

III

«Para el ser humano antiguo, la unidad fundamental y oficial de medida del tiempo era el segundo. El segundo está consignado en un sistema de numeración sexagesimal, y desde su hallazgo como entidad de medida abstracta tuvo diferentes definiciones. Las primeras fueron astronómicas, es decir, relacionadas con el Sol y las características orbitales del planeta Tierra. No obstante, la irregularidad morfológica del planeta y la imprecisión de los relojes mecánicos de entonces, hicieron necesaria la invención de patrones estables que redujeran lo máximo posible el error de medición: el segundo atómico y el segundo cuántico. El atómico estaba basado en la transición electrónica del isótopo ciento treinta y tres del átomo de cesio y fue estandarizado a mediados del siglo veinte de la Era Prototecno; el cuántico se basa en la variación cromodinámica fermiónica y fue estandarizado a principios de la Era del Sol Amarillo.»

«Los relojes fermiónicos, contenedores materiales donde se conservaban los patrones de la última definición consensuada de segundo, conteniendo además el algoritmo de corrección relativista, se repartieron entre más de un millar de laboratorios de tiempo distribuidos entre la Tierra y Marte. Su detección y destrucción sistemática por parte de la comunidad marciana prototecno, fue crucial para el fin de la Primera Guerra Fundamentalista. En la torre de los Custodios se salvaguardan tres modelos funcionales de relojes fermiónicos, que permiten una ponderación semitradicional del tiempo. El segundo continúa siendo parte elemental del minuto, que a su vez lo es de la hora, y esta del holo-ciclo. Debido a que Febe rota sincrónicamente respecto al Sol, y por tanto en él no hay alternancia natural entre día y noche, el holo-ciclo se define como una unidad completa de tiempo artificial, compuesta por sesenta horas o, lo que es lo mismo, doscientos dieciséis mil segundos. Febe completa una órbita solar cada ciento veinte holo-ciclos, lo que constituye un meta holo-ciclo, cualitativamente equivalente al antiguo año solar y cuantitativamente menor. En física es preferible utilizar el término *meta holo-ciclo*, mientras que en disciplinas sociales e históricas es frecuente usar, indistintamente, los términos clásicos *año*, *año terrestre* o *año estándar* para contextualizar acontecimientos, siempre de acuerdo con las directrices marcadas en el sistema de Lengua Universal de Preservador Épsilon. No obstante, para datar de manera precisa un suceso, destaca el formato P. E. E., siglas de Punto de Evolución Estelar. Este sistema utiliza la edad del Sol en el momento del evento, expresada en miles de millones de años estándar y con un número variable de cifras significativas dependiendo del nivel de precisión deseada. En la actualidad, por ejemplo, estamos en el meta

holo-ciclo 30 de la Era de Exclusión o 11,2 P. E. E.»

El Aula quedó en silencio unos instantes. Acto seguido, Custodio Beta, el Físico, habló:

—Genial, Thomas. Puedes proceder con el registro de la información en el capítulo correspondiente del Banco Enciclopédico.

Thomas había demostrado un dominio correcto sobre el tema, y podría iniciar la interiorización de nuevos contenidos. Como aprendiz de Físico, su aspiración era llegar a conocer con detalle el funcionamiento del universo a todas sus escalas para asegurar la conservación y el desarrollo del valioso conocimiento gestado desde el origen del hombre. Incluyó la cabeza en señal de respeto y salió de la sala.

—En dos horas, Jylark, aprendiz de Preservador Alpha, expondrá en la Cámara de Exposiciones el trabajo que ha realizado para la Enciclopedia —prosiguió el clon—: estáis todos invitados a asistir.

La Cámara de Exposiciones se encontraba en el límite periférico de La Escuela, y destacaba sobre el resto de construcciones por su colosal perfil hexagonal. En cada uno de sus vértices, sendas columnas metálicas estriadas se alzaban cincuenta metros, sosteniendo una cúpula opaca de proyección; de sus lados emergían de forma escalonada cientos de butacas retráctiles, conectadas entre ellas por medio de canales transinápticos a través de los cuales se emitían pequeños paquetes de información adicional, de ser estos necesarios para facilitar la comprensión de lo expuesto en la palestra. Junto a El Aula, la Cámara de Exposiciones componía el centro neurálgico de la actividad cultural de Febe y, por tanto, era protegida con celo por los Nuevos Primeros. Como si de un antiguo anfiteatro se tratase, en ella se desarrollaban eventos demostrativos de diversa índole, tanto divulgativos como artísticos.

Jylark atravesó el pórtico de acceso con calma. El silencio era total, y su mentor le esperaba en el centro. Una docena de tenues focos de luz perlada se encendieron paulatinamente en la cúpula de proyección y pudo ver a los algo más de doscientos ciudadanos que formaban el público. Cerca de la palestra, los restantes diecisiete Nuevos Primeros reposaban sentados, envueltos en túnicas protocolares. Una breve sensación de inquietud tensó su musculatura: nunca había visto juntos a los dieciocho Custodios, Preservadores y Artistas.

—Un saludo a todos —habló el clon—. Os habla Preservador Alpha, el Historiador. Durante esta convocatoria, el alumno Jylark expondrá la entrada que ha registrado en el Banco Enciclopédico, labor dirigida por quien os habla, con la colaboración de Preservador Psi, el Psicólogo. —Acto seguido, el clon se acercó a la zona de los Nuevos Primeros,

momento tras el cual su butaca emergió automáticamente.

Jylark se aproximó al cuadro de control y acercó su dedo al botón táctil de proyección. No obstante, lo detuvo a medio centímetro.

—Hola a todos y gracias por estar aquí. Hoy no habrá proyección. —Un murmullo se escuchó entre el público, y tras una tensa pausa prosiguió—: De todos modos, hay disponible un paquete de archivos con información adicional sobre el contexto histórico-social en el cual se engloban los acontecimientos que expondré. Próximamente, la entrada en el Banco Enciclopédico correspondiente también será de acceso libre. —Miró a su mentor y, tras este asentir con lentitud, continuó con el coloquio.

»Muchos aquí conocéis nuestro origen. Sin embargo, nuestro origen ha sido desencadenado por la desaparición de nuestros predecesores. Hoy he venido a hablaros del final de una era y el inicio de otra, marcados ambos por el afán de supervivencia, constante histórica que siempre ha evitado la extinción del hombre. Salvo en esa ocasión.

»La Era del Sol Amarillo se inició hace algo más de seis mil millones de años terrestres y abarcó cerca de dos mil millones. Empezó con el surgimiento de una nueva especie del género humano. Esta nueva especie, llamada oficialmente Tecno-Homo, fue el último eslabón de la cadena evolutiva humana: el descubrimiento y ensamblaje, por parte de sus antecesores, del tramo genómico artificial, abrió un sinfín de posibilidades. Este tramo genómico, cuya designación técnica fue Código Tecnoenzimático Adaptativo, hizo al nuevo ser humano resistente a las enfermedades conocidas entonces y aumentó notablemente su esperanza de vida, lo cual tuvo repercusiones en todos los ámbitos de su sociedad. La ausencia de unas preocupaciones pronto fue ocupada por otras, siendo esta era la de mayor esplendor científico, tecnológico y artístico de la historia.

»Sin embargo, la preocupación por un evento distante pronto se convirtió en obsesión: el Sol, en otros tiempos considerado eterno e inmutable, iba a morir, y esa era una predicción científica clásica e ineludible. La colonización de la denominada Área Interior del Sistema Solar, que comprendía cuatro planetas y tres megápolis orbitales, no era suficiente. A pesar de que la Tierra y su luna, Marte, los asteroides potencialmente habitables y las megápolis reunían espacio y recursos suficientes como para mantener a un número de ciudadanos del orden de centenares de miles de millones, la evolución solar sería un hecho y frente a ella solo quedaban tres opciones: terraformar y colonizar lunas exteriores, poner en órbita suficientes estaciones colonizables o emigrar a otro sistema estelar.

»Todos los esfuerzos prácticos se enfocaron en la primera y segunda opciones, las cuales se pretendían temporales: el objetivo final era la

tercera. Durante miles de años, la determinación por alcanzar un sistema estelar joven alimentó la ciencia y la tecnología neo-humanas hasta límites insospechados, nutriendo con el conocimiento cosechado el resto de industrias. Se tenía claro que sería factible enviar naves exploradoras a otros sectores de la Galaxia, pero las grandes preguntas eran: ¿lo sería construir una nave multigeneracional lo suficientemente grande, poderosa y resistente como para atravesar el espacio interestelar durante un intervalo de tiempo tal que comprendiera millones de generaciones, y que además albergara todo el conocimiento cultivado por las anteriores? ¿Sería posible concentrar el mundo entero en una lata de metal? Es con estas cuestiones con las que comienza nuestra historia.

Capítulo 5

LA ESCUELA

IV

«Buenos días, Marlene. Son las once horas un minuto, hora meridional marciana. Hoy se conmemora el final de la Tercera Guerra Fundamentalista, hace cuatrocientos millones de años. Tienes dos mensajes nuev...».

Marlene elevó la mano abierta con lentitud para silenciar a Butler. Deseaba seguir descansando algunos minutos más en el silencio perfecto de su cámara, aunque sabía que en unas horas tenía trabajo y debía prepararse. Le dolía un poco la cabeza: quizá se había pasado un poco con las copas, aunque el gran evento que había tenido lugar en el ágora de la nave lo merecía. Al fin y al cabo, fue la víspera de una fecha digna de recordar para el conjunto de la civilización humana: el final de la última gran guerra interplanetaria... y el inicio de una paz permanente que llevaba vigente algunos cientos de millones de años. Para ella, pensar en un intervalo de tiempo tan grande era vertiginoso: aunque no comprendía muy bien los contextos en los que se había desarrollado la histórica trilogía de guerras fundamentalistas, se conformaba con saber que vivía en un periodo de concordia, y aunque nunca había estado en Marte, el planeta de sus antepasados, el mundo artificial en el que residía era suficientemente grande y cómodo para ella.

Marlene volvió a levantar la mano y Butler prosiguió: «Un mensaje procede del Órgano de Comandancia. El otro procede del panel quince, cámara trescientos doce, usuario Yael. Para las siguientes horas tienes dos de tres citas programadas; la tercera fue cancelada: su reembolso crediticio acaba de ser ordenado. Que pases un buen ciclo». No estaba segura de querer escuchar las transmisiones... la primera seguramente sería formal, y respecto a la segunda no tenía ni idea de quién era Yael. Sin embargo, decidió darles una oportunidad. Desplazó el brazo en un movimiento de derecha a izquierda, y Butler introdujo el primer comunicado:

«Comunicado número uno, recibido hace cuatro horas treinta y tres minutos. Fuente: Órgano de Comandancia. Duración: treinta y cinco segundos». Tras un pitido, una voz femenina ligeramente grave inundó la cámara: «Soy la responsable de comunicaciones civiles Gabrielle: le envío un cordial saludo. Como sabrá, durante el ciclo de hoy se conmemora el fin de la Tercera Guerra Fundamentalista, que tuvo lugar hace cuatrocientos millones de años estándar. Por ello, durante este y los próximos diez ciclos habrá una serie de eventos conmemorativos en la saleta de ocio número dos, que comprenderá proyecciones diversas y el simposio

Cuatrocientos Millones de Años Después, a cargo de los etnohistoriadores recién egresados de la Academia de Historia. Le invitamos encarecidamente a participar». Tras el fin de esta misiva, Marlene volvió a mover el brazo lateralmente para dar paso a la siguiente:

«Comunicado número dos, recibido hace dos horas cuarenta y cinco minutos. Fuente: Yael, usuario de la cámara trescientos doce, panel quince. Duración: tres minutos seis segundos». Pitido. «Hola... No recuerdo bien tu nombre... ¿Melanie? El otro día me hablaron de ti y pensé que, quizá...». Con rapidez, extendió los dedos de la mano y el mensaje se paró en seco, reanudándose la voz tenuemente metálica de Butler: «Fin de los comunicados».

El espejo reflejaba una mirada descansada, aunque un poco ojerosa. En apenas media hora tenía la primera cita: no obstante, la rutina la había acostumbrado a la eficiencia. Acercó su rostro a la pantalla microperforada de tratamientos faciales, que pulverizó una nube de agua jabonosa sobre ella. Acto seguido, se masajeó suavemente sienes, pómulos y mentón. Tocó el botón táctil trans-sináptico del tocador y la matriz holográfica de aspectos sugeridos quedó desplegada: antes de concretar un encuentro, le gustaba conocer los gustos estéticos del cliente como estrategia de fidelización, por lo que tenía el cuadro de control programado para combinar y ordenar, en función de las preferencias recabadas, diferentes apariencias, y a partir de ellas generar arquetipos procedurales. Marlene contempló durante unos instantes el look generado para su primer cliente del ciclo, que le pareció bastante clásico. Dejando la imagen tridimensional como referencia, volvió a acercarse a la pantalla de tratamientos faciales, cambió el modo de limpieza por el cosmético y relajó los músculos: con suavidad, el mecanismo liberó una nebulosa de base de maquillaje, polvos iluminadores dorados y fijador. Los tonos de la emulsión se integraron perfectamente, de manera casi natural, con el beige claro de su piel. Después de eso, acercó la mano al sensor del cajón de utensilios, cuya puerta vertical laminada se abrió automáticamente. Cogió la paleta de sombras digital; su pantalla nanotecnológica se encendió de forma espontánea, trazando un hexaedro cromático con más de un millón de variaciones tonales. Hundió el dedo índice en los párpados virtuales del arquetipo holográfico, tras lo cual el hexaedro cromático de la paleta se tornó completamente de ese exacto color: un suave violeta con código RGB ciento sesenta y ocho, ciento uno, ciento cuarenta y cuatro. Tomó el pincel imantado, tocó con su punta la paleta y empezó a pigmentar sus párpados superiores, dando a las sombras una forma trapezoidal redondeada. Los siguientes pasos eran remarcar la intensidad de sus ojos verdes, delineando para ello los bordes con un profundo negro, y colocar las pestañas artificiales imantadas. Para terminar con el rostro, le quedaba teñirse los labios con el mismo matiz de los párpados. Sacó del cajón la barra digital, rozó con su punta translúcida el hexaedro

de la paleta y se dispuso a rematar el maquillaje.

Se volvió a mirar al espejo: cualquier rastro de cansancio había desaparecido, y la vestimenta que había escogido era para ella idónea: una suave túnica duocromática de corte prototecno, que nacía en su hombro izquierdo y caía diagonalmente sobre el resto de su cuerpo, con un color tornasolado que variaba entre un gris claro y el verde viridiano, ambos cromados. Sobre su pequeño seno derecho descansaba una capa de análogo material, tan fina que a través de ella llegaba a transparentarse el pezón vestigial. Como colofón, su largo cabello silicatado brillaba con un sutil malva neón, a juego con uñas refulgentes. Pensó que así se presentarían las antiguas diosas ante la imaginación de quienes erigieron sus templos.

El toque final lo daría el aroma. Normalmente, le gustaban los olores aldehídicos y ligeramente ozónicos, mezclados con el de las flores que de niña tanto le gustaba oler junto a Dahll, su padre adoptivo, en el invernadero hidropónico de la nave. Gracias a la tecnología de la Era del Sol Amarillo, su cuerpo podía sintetizar las moléculas que tantos recuerdos de la infancia le traían. Recordaba vagamente las lecciones de biología sintética que había recibido durante su periodo de escolarización en Fase II, reforzadas por la gran afición de Dahll por la xenobotánica y la bioingeniería: de niña, para que comprendiera el potencial de su cuerpo, le decía que este era como una impresora bioquímica, capaz de replicar ciertas estructuras moleculares gracias al gen de la libertad, como él llamaba al tramo genómico artificial.

Marlene aún conservaba el transistor tecnoenzimático que Dahll le había regalado para celebrar el ocaso de su adolescencia, algunos años estándar atrás. Este dispositivo, inicialmente utilizado para facilitar la supervivencia de los seres vivos frente a las adversidades de la colonización interplanetaria y la exploración interestelar, pronto encontró su lugar en la cotidianidad de la civilización. De diferentes formas y tamaños, los transistores tecnoenzimáticos eran capaces de generar el mapa molecular de una sustancia a partir de la información recogida a través de un adaptador trans-sináptico y de transmitirlo posteriormente, a través de la piel, al sistema endocrino del usuario, normalmente al hipotálamo. Una vez traducida bioquímicamente la orden, el cuerpo formaría las estructuras correspondientes. Normalmente, el artilugio llevaba de serie rutinas de seguridad que, en función de las sustancias buscadas, limitaban o incluso inhabilitaban la producción de las mismas para garantizar un uso seguro.

Marlene acopló el pequeño aparato al cuadro trans-sináptico del tocador, tras seleccionar la base de datos de notas aromáticas. La luz del emisor holográfico trazó en el aire una serie de columnas, cada una de ellas dividida en varias celdillas. Con gesto decidido, seleccionó metódicamente diez elementos: ozono, hierro, bergamota, flor de naranjo, iris, rosa de

Ceres, jazmín, vainilla, musgo y pachulí. La selección se diluyó en el aire y, al cabo de un microsegundo, emergió una pirámide olfativa optimizada, con los ingredientes elegidos ordenados porcentualmente. Marlene sumergió su mano en la pirámide y, en su lugar, apareció una barra de carga azul. Al cabo de medio minuto, la receta molecular de la fragancia reposaba en los circuitos microscópicos del transistor. Lo cogió y se lo colocó sobre la nuca, a la altura del nacimiento del cabello. Mientras llevara el dispositivo encima, su piel exudaría y proyectaría el perfume.

Capítulo 6

LA ESCUELA

V

—Hola, soy Tarx.

—Hola, Tarx —saludó Marlene mientras sonreía—, te estaba esperando.

—¿Dónde...? —Tarx miró a su alrededor, indeciso y notoriamente tenso—. ¿Dónde me pongo?

—Nunca habías hecho esto antes, ¿verdad? —Volvió a sonreír. Tarx era un hombre de baja estatura y complexión, en apariencia, corpulenta. No obstante, el atuendo le cubría todo el cuerpo y parte del rostro, por lo que en ese momento era imposible descifrar más detalles de su aspecto—. ¿Por qué no te quitas la ropa y te sientas ahí?

Con paso tembloroso se acercó al sofá, ubicado en la esquina diametralmente opuesta al tocador. Hizo un amago de sentarse, pero se reincorporó rápidamente.

—Estoy un poco nervioso —dijo con voz acelerada.

—Tranquilo. —Se acercó a él, le cogió la mano enguantada y añadió—: No tienes porqué estar nervioso. No es la primera vez que veo a un hombre desnudo...

Con delicadeza, Marlene tiró del guante de su mano izquierda. Tarx la apartó de una sacudida.

—No. Es que...

Ella volvió a coger su mano y, mirándole a los ojos, repitió:

—Tranquilo.... —Tiernamente, le fue quitando el guante. Pronto entendió la razón por la que estaba tan incómodo, y no pudo disimular una pequeña risa—. No te preocupes por esto.

A continuación, empezó a abrir con lentitud la gabardina cobriza de Tarx, sin dejar de mirarle a los ojos: eran grises con algunas motas naranjas. Mientras le desvestía, pudo percibir cómo sus nervios se tornaban, por momentos, más acusados, y su respiración más agitada.

—Hueles muy bien.

—Gracias. —Marlene acercó los labios a su oído y le susurró—: Me lo dicen a menudo.

Con calma, continuó desvistiendo a Tarx, sin romper el contacto visual.

—¿Podrías disminuir la luz de la cámara?

—¿Por qué?

—No quiero... No quiero que me veas así.

Haciendo caso omiso del ruego, destapó el pañuelo que cubría parte de su rostro. A excepción del subligar, ya estaba completamente desnudo, y lo contempló de arriba a abajo: la mitad izquierda de su cuerpo reflejaba la leve luz azulada que Marlene había programado. Sintió mucha curiosidad por lo que le había pasado, pero resistió el impulso de preguntar. El titanio completaba simétricamente el lado de carne, y también una pequeña fracción de su cara estaba reconstruida con el metal de transición. A pesar de todo, podría decirse que era un hombre atractivo.

—¿Te sientas?

—Sí... —Con algo de torpeza, tomó asiento en el sofá. Al hacerlo, un débil chirrido emergió de la articulación rotular de su pierna metálica.

—Quiero que te relajes. Has venido para disfrutar... —musitó en voz baja. Se aproximó a la prótesis facial de Tarx y la acarició con sus labios violeta; acto seguido, la lamió. Percibió un pequeño espasmo en su cuerpo híbrido—. ¿Estás listo?

Marlene se acercó al panel de observaciones externas. Rozó su superficie convexa con las uñas y, súbitamente, el material opaco transmutó a transparente, permitiendo unas vistas sobrecogedoras. Dentro de la esfera de Hill-Roche de Urano, a algo más de quinientos mil kilómetros del planeta, todavía se podían divisar los restos de la, en otros tiempos, formidable megápolis orbital Deméter, la única que no quedó íntegramente pulverizada por los bombardeos de la última Guerra Fundamentalista. De hecho, era posible visitar lo que quedaba de ella a bordo de yates turísticos.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó Tarx con semblante introspectivo.

—Así es —respondió Marlene—. Pero no ha tenido nada que ver con

nosotros. Han pasado cuatrocientos millones de años...

—¿Por qué algo tan distante en el tiempo sigue en la memoria? Con lo fácil que sería suprimirlo...

—Yo estoy aquí para que olvides, y tú estás aquí para olvidar. Discúlpame... pensé que las vistas serían otras. Voy a apagar la ventana...

—No. —Tarx la agarró del brazo con su mano robótica—. Da lo mismo.

—Bien, empecemos. Dime qué te gustaría hacer.

—Yo... yo no sé...

—Puedo bailar para ti, si quieres. Una pequeña demostración. Estoy segura de que no te dejará indiferente... —Tarx asintió levemente, y ella añadió—: Coge mi mano, relájate y cierra los ojos.

Marlene tocó el botón trans-sináptico, inició mentalmente la aplicación de reproducción musical y seleccionó una vieja canción de principios de era. Inmediatamente, un ritmo en crescendo bañó la cabina, adornado con cuerdas eléctricas texturizadas y una sensual voz femenina insertada en contrapunto.

Envuelto en la oscuridad de la psique, Tarx no tardó en ver aparecer a Marlene frente a él, arropada en una nebulosa de níveo xenón. Al son del ritmo y la melodía, ella oscilaba las caderas con lentitud, y comenzó a quitarse la túnica duocromática: deslizó la estrecha cinta que reposaba sobre su hombro, el único elemento que distanciaba su torso de la desnudez. La banda resbaló sobre la suave piel de su brazo y miró hacia abajo. Mientras continuaba describiendo sosegados círculos con las caderas, Tarx pudo contemplar cómo la flojísima luz malva de sus cabellos se fusionaba con la de la nube lechosa que rodeaba su figura. Marlene miró de pronto hacia arriba, extendiendo el cuello al máximo, en el preciso instante en el que la parte superior del quimono cayó presa de la gravedad artificial, dejando visible el seno izquierdo y la mariposa de alas triangulares que llevaba tatuada en el vientre. Acto seguido, sin retornar la cabeza, empezó a acariciarse las curvas de la cintura, en sentido ascendente y sin dejar de bailar, esclava de la cadencia musical. Aunque sabía que esas imágenes no encarnaban la realidad, sino que eran la representación de un cúmulo de pensamientos enviados por Marlene a través del puente trans-sináptico establecido entre sus manos, Tarx no pudo evitar que su interior se agitara. Llevaba varios años sin mantener relaciones, desde el incidente en las ruinas de la capital de Oberón.

—Ahora quiero que me toques tú... —le susurró Marlene al oído, tras teletransportarse y sentarse sobre su pierna cibernética—. Sé que esto no

es real... pero la experiencia sí lo es. ¿Sabes por qué soy tan especial?

—No... —exhaló Tarx, sorprendido.

—Resulta que, cuando me engendraron, insertaron en mi genoma algunos genes primitivos, de antes de esta era... Por eso tengo pechos, y por eso siento placer cuando me acarician aquí... —Cogió la mano de Tarx, entrelazó los dedos con los suyos y la llevó a su abdomen. Bastó un pensamiento para que su piel se cubriera de sudor, lubricándose y facilitando que los dedos resbalasen y descendieran hasta el pubis, bajo el ropaje tornasolado. Cuando, con mano temblorosa, la acarició, ella emitió un gemido. Su eco se difuminó con el de los altavoces integrados en la cámara, y el olor a rosa de Ceres y musgo pareció intensificarse. Otro gemido... La oscuridad desapareció y el aspecto de la cabina se replicó en la ensoñación—. Ahora es como si lo estuviéramos haciendo de verdad, ¿eh? ¿Sientes mi piel? Bésame en el cuello y sigue tocándome... Si te lo ganas, puede que después yo te toque a ti...

Marlene empezó a mover sus caderas, dibujando circunferencias perfectas e intensas con el objetivo de satisfacer a su cliente como ninguna otra. Tarx tocó la piel de su cuello con los labios, tembloroso, mientras la efigie de Urano iluminaba los restos aleados de Deméter, y estos la alucinación. De pronto, recordó a Sienne...

Abrió los ojos y rompió el puente trans-sináptico.

—Lo siento... no puedo continuar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marlene, ladeando el rostro—. ¿Estás bien?

—Lo siento, de verdad. —Cogió su gabardina y caminó hacia la salida. Antes de irse, se dio la vuelta y añadió—: Yo... Yo te transferiré la mitad de los créditos debidos en cuanto llegue a mi cabina.

Sienne... Sienne y los despojos de su cadáver esparcidos por el gélido suelo de Oberón.

Capítulo 7

LA ESCUELA

VI

—La Panspermy fue un enorme crucero perteneciente a la clase Asimov, que comprendía colonizadores multigeneracionales de largas distancias. Esta clase de naves tenía el doble propósito de transportar y mantener, durante un lapso considerable de tiempo, a cientos de miles, si no millones, de tripulantes, garantizando la satisfacción de todas sus necesidades y, en la medida de lo posible, su comodidad. —La Cámara de Exposiciones rebosaba silencio. Jylark pudo observar que algunas butacas, antes vacías, habían sido ocupadas durante el transcurso de la narración—. Las naves de la clase Asimov tenían morfología toroidal y un diámetro variable de entre doscientos y quinientos kilómetros. Originaban una agradable gravedad artificial combinando movimientos de rotación con motores gravitomagnéticos, y eran impulsadas por propulsores gluónicos, que les permitía alcanzar elevadas velocidades de hasta un treinta por ciento la de la luz.

»El primer destino oficial de la Panspermy fue Deméter, una de las mayores megápolis orbitales jamás construidas por el ser humano. En configuración coorbital con Oberón, luna de Urano terraformada, Deméter fue la propuesta definitiva para salvaguardar y albergar la vida mientras el Sol agonizara, destruyendo con los eventos derivados de su evolución los mundos más interiores. La megápolis fue abatida en el fragor de la última Guerra Fundamentalista, junto a las ciudades oberianas y los asentamientos humanos de las demás lunas pobladas. Más de cuarenta millones de vidas se perdieron en menos de un segundo, bajo una lluvia de...

«—... metralla incandescente y radiactiva. ¡Debemos estar preparados!

—¡Cálmese, Subalterno! Aún no hemos recibido confirmación de contacto.

—Al Mariscal Soyer siempre le había caracterizado un aplomo sobrehumano. Incluso en las situaciones decisivas—. ¿Cuál es su nombre?

—Mi nombre es Yrie, Señor.

—Para empezar, no sé cómo ha conseguido entrar aquí, Subalterno Yrie. ¿Cuántas estrellas tiene su insignia? —Yrie manifestó perplejidad—. Respóndame, Oficial.

Tras unos segundos, el joven respondió:

—Dos estrellas.

—¿Y cuántas tiene la mía?

—Señor, no deberíamos perder el tiempo en estas estupideces...

Soyer le agarró del cuello con un movimiento rápido y frío. Mirándole fijamente a los ojos se acercó a su rostro y, manteniendo el tono inmutable, contestó:

—¿Cómo dice, Subalterno Yrie? —La mirada del joven denotaba ansiedad. Sin romper el contacto visual, Soyer añadió—: Suelte ahora mismo la empuñadura de su pistola. —Yrie separó lentamente los dedos del arma. La presión sobre su cuello era estable pero firme, y sintió que le costaba respirar—. Bien, Subalterno. Concéntrese: ¿cuántas estrellas tiene mi insignia?

—Su insignia no... no tiene estrellas —masculló.

—En efecto. Mi insignia no tiene estrellas, ¿sabe por qué? —inquirió sin dejar de oprimirle el cuello—. Porque soy su puto superior. Ahora, quiero que serenamente se dé la vuelta y regrese a su puesto.

Tras quedar liberado, Yrie enderezó la espalda, se dio la vuelta y anduvo hasta la puerta.

—Un consejo, Subalterno Yrie. —El oficial se detuvo—. Jamás vuelva a hablarme así y, ante todo, ni siquiera se plantee amenazarme con su arma. Si no, terminaré de machacarle el cuello.

Se acercó a la consola de comunicaciones y presionó el pulsador. El altavoz integrado liberó la voz automática de Butler: «Firma trans-sináptica confirmada. Perfil de usuario: Mariscal Soyer. ¿Con quién desea establecer contacto?».

—Código Iridio.

«Iniciando comunicación».

—Iridio, aquí Mariscal Soyer. Informe de situación. Cambio.

—Recibido, Mariscal. Aquí líder Iridio. Las cosas parecen tranquilas por aquí arriba. Cambio.

Después de un tenso silencio, respondió:

—Necesito que rompa formación. Cambio.

—¿Qué?

—Haga lo que le digo. Cambio.

—Señor, si la formación se rompe, el área suborbital del satélite quedará desprotegida...

—No se preocupe. Tengo un plan. —Soyer se aproximó al mirador de la oficina. Había dedicado gran parte de su vida a Oberón y su defensa y, desde luego, merecido la pena. De niño fue un gran aficionado a la xenoarqueología y jamás había visto nada similar a lo que se había conseguido en la luna de Urano: no tenía antecedentes en el Sistema Solar. El satélite había sido cubierto íntegramente por una descomunal estructura de paneles cristalinos de concentración termosolar, sostenidos por pequeños pero eficientes compensadores de densidad. El sistema sustentaba un confortable clima, debido al efecto invernadero desencadenado. Además, poderosos generadores gravitomagnéticos subterráneos incrementaban notoriamente la gravedad superficial de la luna hasta un agradable valor de ocho gés, cercano al terrestre. Por otra parte, enormes cadenas de cúpulas presurizadas abrazaban el astro en latitud y longitud, radiando desde la capital, ubicada en los restos del cráter Hamlet. Sí... Oberón era su mundo. Donde había nacido, crecido y madurado; donde había descubierto su vocación—. Rompa la formación. Cambio y corto.

Con calma, Soyer sacó de uno de los bolsillos de su uniforme un pequeño transistor tecnoenzimático, que previamente había manipulado. Por primera vez en toda su carrera, la perenne impasividad de su rostro se desfiguró en una mueca de nostalgia y, consecutivamente, temor. Colocó el dispositivo sobre su nuca mientras observaba el horizonte del mundo, con Urano brillando tenuemente en el fondo y la megápolis orbital Deméter cerca del cenit. Su cuerpo pronto comenzó a sintetizar sin freno una compleja molécula: hidrógeno, carbono, nitrógeno y oxígeno en perfecto ensamblaje bioquímico... Diacetilmorfina, también conocida como heroína.

El espacio suborbital de Oberón llevaba casi un siglo escudado por una red de buques de guerra, debido a los atentados ocurridos durante la operación Redención, detonante de la Tercera Guerra Fundamentalista. Como capitolio neurálgico del Área Exterior del Sistema Solar, la defensa de la luna se consideró prioritaria para prevenir ataques de insurgentes y piratas. La red se componía de cinco enjambres ubicados en sendos puntos de Lagrange, que conformaban una fuerza operativa de veinte

naves, con focos de mando en los puntos L1 y L3.

—Líder Iridio a escuadra L3 y flotillas L4 y L5. Rompan barrera. Cambio.

—Aquí cabeza de L5. ¿A qué viene eso? Cambio.

—Órdenes de administración en tierra. Procedan. Cambio y corto.

En la serenidad aparente del espacio, la legendaria Comandante Zan, nombre en clave Iridio, remitió la orden. Las dos corbetas y el destructor que ella misma gobernaba, escoltados por una pareja de fragatas, flotaban en equilibrio estacionario entre Urano y Oberón. Serían los últimos en retirarse. De pronto, una transmisión inundó la Sala de Comunicaciones del destructor:

—Comandante, se requiere su presencia inmediata en el Puente de Mando.

—Informe, Teniente.

—Es el balizador Orfeo. Ha comunicado que el crucero Panspermy ha desaparecido sin dejar rastro...

Corriendo, Zan se encaminó al Puente de Mando, donde le esperaba el gabinete de oficiales de guardia, entre ellos la Teniente Tehr, su hija.

—Establezcan contacto con la Panspermy —ordenó con tono firme—. Ya.

Desde la cúpula de operaciones, que ofrecía una vista casi completa de doscientos setenta grados, todo parecía normal. No obstante, el instinto le decía que algo no iba bien.

—Comandante, no recibimos respuesta.

—Inténtenlo de nuevo. —Mientras Tehr proseguía en el empeño, Zan presionó el botón trans-sináptico implantado en su muñeca sin perder tiempo—: Orden directa a líderes Rodio y Cobalto: envíen unidades de reconocimiento a última localización de crucero Panspermy e informen.
—Cerró los ojos y respiró profundamente.

Las unidades de las flotillas L4 y L5 ya habían encendido sus sistemas de control de reacción e incoado el protocolo de fractura de red. Sin embargo, nada más recibir el mensaje de la Comandante Zan, rompieron y reestructuraron su formación casi simultáneamente, demostrando una disciplina tenaz. De cada grupo partió una corbeta de la clase Helium, veloces naves multipropósito no tripuladas, especializadas en misiones de reconocimiento y ataques relámpago. Eran básicamente computadoras de combate acopladas a pequeños motores gluónicos y armadas con precisas

baterías de cañones ligeros EV (Espectro Variable) desplegadas a lo largo de la eslora. Las últimas coordenadas emitidas por la Orfeo tenían una precisión de más de veinte cifras significativas, que fueron procesadas casi espontáneamente por las naves para trazar la ruta más ágil y eficiente posible, teniendo en cuenta los campos gravitatorios. El error de intercepción no solía superar la esfera de diez metros de radio. Al llegar a su destino, los sensores de trescientos sesenta grados hicieron un barrido completo de la zona.

—Líderes Rodio y Cobalto, de L4 y L5, al habla. Paquete recibido: procedemos con el reenvío.

La Comandante Zan tocó su botón trans-sináptico y ejecutó la decodificación. Una holografía se delineó en el Puente de Mando, representando en tiempo casi real lo que veían los ojos de las corbetas. Nada.

—Quiero una capa en infrarrojo —exigió. Inmediatamente, un blanco brillante se superpuso sobre la imagen holográfica, eclipsando las estrellas de fondo. La firma térmica de un evento que había tenido lugar hacía apenas unas horas restringió las posibilidades a dos: o bien el crucero había sido desintegrado, o bien había acelerado hasta disiparse en el vacío.»